



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13961

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MIÉRCOLES 10 DE JUNIO DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 51, Faubourg-Montmartre.

Tranvías movidos por hombres

Si no el tranvía más raro del mundo, uno de los más raros por lo menos es el que circula entre Odavara y Atami, en el Japón: como que es un tranvía de atracción humana, es decir, movido por hombres. Dicen los que lo han visto que este tranvía es una de las cosas más divertidas del mundo.

Las vagonetas que lo componen son extraordinariamente pequeñas, con una puerta minúscula. Algunos viajeros se sientan á la europea, pero la mayor parte se ponen de rodillas sobre el asiento, vueltos hacia las ventanillas y con los pies alineados en el borde del banco. Una especie de trompeta cuyo sonido recuerda el de esas cornetas de á real y medio que se venden en Europa para los niños, da la señal de partida.

Los hombres encargados de mover los coches, en número de tres por tranvía, rodean los vehículos á empujones los ponen en marcha sobre los rails. La vía se extiende á lo largo del mar, y por sus subidas y bajadas parece una montaña rusa. El paisaje es encantador, á lo lejos se ve la isla de Oshina coronada por un penacho de humo, procedente de un volcán en plena actividad.

Cuando la pendiente es hacia arriba y demasiado abrupta, se une un cuarto hombre á cada coche, y todos ellos empujan sudando, pero sin dejar de reír y de charlar un momento; llegados á lo alto de la cuesta, se suben al coche, y éste baja con la velocidad de un tren express, haciendo crujir los puentes de madera tendidos sobre barrancos, bordeando los precipicios, doblando las curvas más bruscas con vertiginosa rapidez.

Los empujadores, encaramados sobre los coches como monos, se inclinan tan pronto á un lado como á otro para conservar el equilibrio en las vueltas demasiado rápidas. Los japoneses soportan impasibles esta serie de bajadas que más bien parecen caídas, pero para el europeo la cosa es horrible.

En el trayecto hay varias estaciones con sus correspondientes cantinas donde se expende té, huevos duros, higos secos y sobre todo kirin ó cerveza japonesa; pero los viajeros suelen llevar consigo su merienda, consistente en albóndigas de arroz frío sazonado con hierbas verdes y galletas japonesas.

Notas alegres

ACTUALIDADES

Confieso que soy un torta.

El pasado domingo asistí al mitin celebrado en el Teatro-Circo, con objeto de saber en qué consistía eso de la ley del Terrorismo, y después de estar allí más de dos horas, sudando copiosamente y oyendo los discursos de los oradores, salí de aquel local más comprimido que higo en cofín, y hecho un geroglífico sin solución.

Los oradores hablaron de los cantones de Cartagena y Valencia, de la huelga de los obreros gasistas, de los reyes de la hojalata, de los frailes, de las bombas de Barcelona, de los caciques, de la cara de Maura, de la nariz de Ferrándiz, de la ola negra, de la colorada y de la azul, y si no hablaron del cólera fué porque no les dió la gana, el caso es que se habló de todo menos del objeto de la reunión, el de explicar á casi todos los que estábamos allí en qué consistía esa tan hablada ley del Terrorismo que en ab-

solutamente desconocemos, para ver si protestábamos de ella con arreglo á conciencia.

Vamos, que salí del circo hecho un papanatas preguntando ¿Dónde está la Pastora?

Después para alivio de mis penas, hace días que viene circulando la noticia espeluznante del paro general, y voy se ceca en meca preguntando á unos y á otros en qué consiste ese general paro, pues como hace bastante tiempo que yo tengo el estómago más parado que un reloj sin volante, no me explico que haya paro más general que el que yo estoy sufriendo desde antes que comenzase el derribo de las murallas.

Así es, que ni me atemoriza el paro ni la huelga de comestibles, pues estoy como aquel personaje que le decían que había habido una irregularidad en Cuenca y rascándose las fosas nasales contestaba con la mayor indiferencia, que la haiga.

Termino pues confesándome torta de real orden, por que ni sé en qué consiste lo del terrorismo, ni lo del paro general.

¡Pa mí que nieva!

OTEMA.

PAGINA LITERARIA

El rasgo de un inglés

—Oigan ustedes de lo que fué testigo hace unos veinte años, dijo un alegre señor anciano.

Iba de Siena á Roma en diligencia. Eramos seis dentro del coche: una dama de mediana edad, un notario, un pintor, un mercader campesino, un ofebre de joyas etruscas y un servidor de ustedes. El cupé estaba tomado entero por un inglés solo, alto, flaco y altivo. Entre el interior y el cupé, por encima del asiento, no había más que una cortina de cuero. Este detalle es importante, pues el inglés, que no decía esta boca es mía, oía perfectamente lo que decíamos en el interior.

Savimos de Siena á media noche. Al amanecer, pasado Radicofani, se desataron las lenguas. A medio día ya nos conocíamos todos; pero principalmente sabíamos la historia de la dama, cuya lengua no paraba un instante. Era viuda de un abogado de Ancona y se dirigía á Roma para pasar las fiestas de Pascua. Se había procurado la concesión de una posición acomodada: catorce mil ochocientas sesenta y siete libras de rentas só idas. Se llamaba Eufemia y tenía cuarenta y tres años y tres meses.

Durante la noche atravesamos Viterbo. Después, en medio de las tinieblas de una noche sin luna, entramos en las soledades de la campiña romana. El momento era oportuno para hablar del bandolerismo. El notario nos relató tres ó cuatro aventuras realmente dramáticas, en las cuales los viajeros de diligencias, berlinas ó sillas de posta llegaron á Roma sin un céntimo.

—¡Oh! dijo la dama, yo no temo nada. Llevo seis mil francos en billetes de Banco dentro de cada una de mis medias. Les entregaré este portamonedas, que contiene noventa y tres francos. ¡Qué vergüenza!

No tardamos en venir. Oímos un tiro, los caballos se encabritaron. La diligencia se detuvo. Veinte bandidos con la cara tiznada de hollín, rodeaban el carruaje.

El capitán abrió las portezuelas y nos hizo bajar á todos á la vía Flaminiana.

—El tiempo apremia, dijo. Si dentro de diez minutos no tengo diez mil francos en mi poder, lo registro todo y me apodero de todo; relojes, alhajas, dinero papel y pasaportes. ¡He dicho diez minutos!

Entonces el altivo inglés se adelantó hacia el capitán, le saludó cortemente y dijo:

—Señor capitán, la operación será breve. Esta señora lleva seismil francos en la media derecha y seis mil francos en la media izquierda. Aún sa'drá usted ganando.

—¡Qué horror!—exclamó la dama. Los demás viajeros callaban, y en el fondo, si he de juzgar por mi pensamiento, no estaban descontentos de aquel desenlace.

—Quítese usted las medias, ordenó el capitán.

La dama le entregó, sollozando, los doce mil francos.

—Ahora, dijo el capitán, vuelvan á subir y márchense. Si alguno se queja á la policía de allí, dentro de dos días estaré en Roma y le ajustaré las cuentas al delator.

Volvíamos á marchar. Callamos durante mucho rato. Cuando ya habíamos recorrido bastantes kilómetros el notario tomó la palabra.

—Señores, ¿toleraremos tal infamia? No es muy correcto dijo el etrusco. Sin embargo...

—¿Va usted á defender á ese hombre?—anó el notario, exasperado.

—Señores, dije yo, podemos y debemos arreglarlo todo. Cada uno de nosotros debe 2.000 francos á la señora. Hasta tal vez el inglés consentirá en pagar una buena parte. De modo que con mil doscientos y mil trescientos francos...

—¡Vaya!, contestó el notario. ¿En qué se mete usted? ¡Pague lo que guste, pero déjenos en paz! Se viaja ahora con gente muy mal educada.

Nadie dijo una palabra más. Estábamos resignados al hecho consumado. A las dos de la mañana el coche se detenía delante del hotel de la Minerva. Cada uno de nosotros tomó una habitación. El inglés tomó un departamento entero.

A medio día la señora de Ancona, después de haber escrito á su banquero, tomaba tristemente el chocolate. El inglés solicitó el honor de saludarla. Sonreía y llevaba una rosa en ojal.

—Señora, le pido á usted perdón por mi traición de la noche pasada.

—Traición abominable, señor mío. No es usted un caballero.

—Señora, llevaba encima toda mi fortuna, dos millones en billetes del Banco de Inglaterra...

—Podía, pues, ofrecer los diez mil francos, lo que habría sido una bagatela para usted.

—Si pero era preciso descubrirme, sacar el cinto y quedaba arruinado. Usted me salvó. Tenga la bondad de aceptar estos treinta mil francos como débil muestra de mi agradecimiento, y hasta añadiré del de la diligencia entera.

Depositó sobre la mesa treinta billetes de mil francos del Banco de Francia y la rosa que llevaba en el ojal, saludó y desapareció.

—¡Era todo un caballero! acababa por decir la dama, siempre que contaba la aventura.

EMILIO GEBHART

Para las madres

Higiene de los niños

Al acostar al bebé nunca se debe colocar boca arriba, pues se han dado varios casos de niños que se han ahogado durante el sueño, á causa de la leche que han vomitado, y que no pudiendo salir, les ha obstruido la respiración.

La manera de ponerlos á dormir, es sobre un lado, particularmente en el derecho; dicen que no es conveniente dejarlos mucho rato sobre un lado porque como la cabeza es todavía tan tierna, puede deformarse; así es que especialmente cuando es muy chiquito, y no puede voltearse por sí mismo se debe mover de cuando en cuando, de un lado á otro, para evitar ese inconveniente.

Durante los tres primeros meses de la vida del niño, duerme nueve décimos del tiempo, de tres á seis meses está despierto cinco ó seis horas diarias; y de seis á nueve, está en vigilia, de siete á ocho horas al día; durante su segundo año de vida debe dormir doce horas en la noche y dos horas en el día, y la siesta diaria debe proseguirse hasta que el párvulo tenga cuatro ó cinco años.

Cuado el niño tiene dos años, deb

acostarse á las seis de la tarde, á los cinco años á las siete ó siete y media, y desde que tiene 8 hasta que cumpla trece, debe dormirse á las ocho ó ocho y media; pero nunca más tarde. Los perjuicios que trae al niño el permanecer despierto en las horas de la noche son incalculables, pues la vigilia roba al niño muchas de sus energías y fuerza vital además de hacer el trato peligroso de los grandes.

Muchas personas creen que es indiferente que el niño duerma á cualquiera hora, con tal que permanezca dormido en el término reglamentario; pero esto no es así; durante el día, su atención se distrae con los mil ruidos del día, y el juego y el estudio, deben ser sus preocupaciones, al par que en la noche su descanso será más absoluto y se recuperará mejor. No pasa así con el adulto, que puede cambiar sus horas de sueño sin detrimento alguno para la salud.

BOLSA DE MADRID

(De nuestro servicio particular)

IMPRESIONES

Su Bolsa en París ni en Barcelona, que por la festividad de la Pascua, celebran sesión, nuestro mercado se halla entregado á sus propias fuerzas y sin orientaciones extrañas que modifiquen su tendencia. Esta continúa siendo floja, pues no consiente otra alguna la incansante oferta de Contado que sale á la venta para acudir á la suscripción de Obligaciones del Tesoro. Por tal causa el Interior fin de mes, que durante la mañana se cotizó á 83'47 y 45, abre la sesión oficial á 83'42 y la cierra á 83'35, en vista de que el Contado en partida retrocede de 83'95 á 82'95. También más flojos los títulos pequeños quedan á 84'95 y en distintas series á 84'50. Más firme el Amortizable sostiene los mismos cambios del sábado.

El Banco de España gana un entero más y se cotiza á 459; el Hispano Americano se hace á 148, sin variación y el del Río de la Plata queda á 407 pesetas, contra 409 el día anterior. Los demás bancos no se cotizan.

Muy poco negocio en valores industriales, publicándose, Tabacos á 405. Explosivos, á 337'50 Azucareras preferentes, á 101'25 al contado y á 102

EL ALIMENTO DE LOS DIOS 132

Acarrucáronse sobre la hierba echando algunos tragos de Whisky en tanto que Cossar, Redwood y Bensington se hallaban en la casa discutiendo acerca de lo que convenía hacer.

La luna apareció á eso de la media noche, y tan pronto como alumbro valles y colinas, todos, excepto los que escuchaban los agujeros, se marcharon hacia el avispero dirigido por Cossar.

Fácil, facilísima era la recorrida del camino; pero aunque facilísima, resultaba peligrosa, aunque no mucho más que tratándose de un avispero común. No hay duda de que existía peligro y hasta peligro de muerte.

Españoleron, al llegar, el azufre y el salitre, atiborrando los agujeros, y haciendo después largos regueros, las prendieron fuego, y echaron á correr todos, menos Cossar, pasando por entre los pinos, huyendo del peligro intuitivamente; pero al observar que su jefe no los seguía, se detuvieron á diez metros de distancia en una quebrada del terreno que les brindó protección.

Durante uno ó dos minutos interrumpió la calma de la noche un zumbido sordo, que llegó á hacerse agudo y penetrante como un rugido, pero que fué bajando de tono progresivamente hasta extinguirse por completo y quedar todo en silencio nuevamente.

Bensington dijo á media voz:

era en silencio y Bensington se extrañaba de no oír las voces ni los pasos de sus compañeros al doblar la esquina de la casa. La sombra del tejadillo, bajo el cual estaban los carros, se ensangrenta con negruras de abismo.

Tres detonaciones hicieron vibrar de pronto el aire: luego se oyó un grito. Bensington sacó el cuerpo fuera de la ventana. Sonó un corto disparo: por fin, tras un corto silencio, vió surgir de la oscuridad dos hombres y oyó gitar á Redwood:

—¡Ya tenemos otra rata, Bensington: ya está en el saco!

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 129